

Octavio Zuluaga, S D B.

1916 - 1974

Prefectura Apostólica del Ariari
Granada - Meta - Colombia

Granada (Meta), 25 de marzo de 1974

Amadísimos hermanos:

El 2 del presente mes murió en Bogotá el Señor Octavio Zuluaga Yepes, Salesiano Coadjutor, de la comunidad de Canaguaro.

Cuando en 1964 la Santa Sede confió a los Salesianos la nueva Prefectura Apostólica del Ariari, el Sr. Zuluaga, Maestro Jefe de Electrotécnica, dispuesto a un cambio total de género de vida y de actividades, se ofreció generosamente a los Superiores para integrarse en el primer grupo de misioneros. La historia contará un día los sacrificios, privaciones, dificultades de los inicios. Y al Señor Zuluaga le correspondió la fundación de las casas de Fuente de Oro, Granada, El Castillo, San Juan de Arama y por último Canaguaro, que vino a ser el centro de su afecto y de sus iniciativas misioneras.

Durante seis años acompañó al P. Angel Bianchi y con él actuó diligentemente en los comienzos, consolidación y florecimiento de la Parroquia, del Hogar Campesino para la formación integral cristiana de la juventud femenina. A medida que surgían las nuevas construcciones se creaban industrias caseras que ayudaran al sostenimiento del "Hogar", sirvieran para la enseñanza de las niñas y para que los hombres del campo pudieran aprender prácticamente cómo mejorar los cultivos, el cuidado de los animales domésticos y otras cuantas posibles fuentes de ingreso para equilibrar el menguado presupuesto familiar. El Señor Zuluaga demostró entonces su dedicación, su amor a los pobres, su inagotable inventiva y su poderosa iniciativa. No volvió a pensar sino en el Ariari y en Canaguaro, encarnándose en un medio muy distinto al de su infancia y al de la mayor parte de sus años de vida salesiana.

Cristo anduvo con él, ordinariamente, como un compañero de cada día. Y solo así comprenderemos al apóstol, y al hermano.

Cuando ya exhausto por la enfermedad llegaba a nuestras concelebraciones de Comunidad, presa de fatiga y la ansiedad, nuestra Casa Religiosa, se estremecía. Su rostro, sin embargo era dulce, y pacífico; y la alegría le subía a los ojos, y modulaba salmos en su garganta.

Era no solo un convencido, era un místico de la Liturgia, del diálogo con el Jesús, del silencio interior, ámbito de las visitas reveladoras del Absoluto.

Así, modesto, como nos acompaña aquí, en el templo, pudimos observarlo, muchas veces, recogido, piadoso, en actitud de alguien que se abandona a un coloquio de fe y de amor, mansamente. Y así lo lloramos hoy, ya lejano, porque no sentimos su acento en una misma plegaria común, en un mismo cántico.

Y, permitidme que os diga, yo veo en esta muerte un signo maravilloso, y lo reverencio entusiasta. Octavio Zuluaga vivió y vive como el Salesiano Coadjutor que concibió Don Bosco! En él también se dignifica el mundo del trabajo; sus manos construyen algo concreto, plasman, orientan, empujan, desde la tierra misma al hombre nuevo en Cristo!

Su talento práctico, sus vocablos llenos de resonancias humanas, sus postulados religiosos y ascéticos; su esperanza en la Congregación, el ánimo juvenil que nunca envejeció en él, su amistad acogedora, a nivel de los pequeños y de los menesterosos, de los hijos del agro; lo hacen una típica imagen de la más genuina bondad salesiana.

Y lo vimos morir imaginando, creadoramente, algo distinto, planes, ilusiones para sus pobres! Lo vimos deshacerse, como el grano, en el surco! Trabajando; esforzándose, combativamente, contra el dolor y la muerte.

Todo esto es conmovedor. Todo esto ratifica que está vivo el espíritu del Padre, en la familia que él dejó por herencia!

Nos queda el mensaje de su corazón y de su vida! La añoranza de su bondad y de su ejemplo!

Esta luz se ha encendido, más allá de los temporales repentinos y caducos de la historia cotidiana que pasa. Nos viene ya desde Dios, desde la Vida sin término en la cual ha entrado su estatura de amigo, su silueta de hermano, su sensibilidad educadora, su ímpetu de apóstol!

Concédale el Señor la paz.

La paz que es fruto de tanto esfuerzo por la justicia, como él hizo. La paz que inunda como una agua fresca la vida toda de los seres pacíficos y buenos, que solo piensan en hacer feliz a su prójimo, y cuya existencia se hace holocausto agradable a los ojos de Dios y de los hombres! Aroma de Cristo!

Descanse en paz.

Será imprescindible que quienes lleguemos al Ariari, busquemos, de nuevo, su consabida presencia!

Se había refundido de tal suerte con los hombres de esos llanos de Oriente, que no era raro ya que toda su fisonomía trascendiese a esas amplitudes ilímites y al ardor tropical de esas siembras.

Octavio era, simplemente, un pobre con los pobres; un obrero hacendoso. Su mentalidad bullía llena de proyectos originales y prácticos y de inquietudes, su pecho pulsaba con la sangre de esas gentes, su trato era emotivo, dialogante, concreto.

La misma vida vivida por él, la trayectoria de su vocación educadora, y su contacto ininterrumpido con Dios, lo hicieron profundo... Llegó a poseer esa sabiduría que es un dón de los años y de las fatigas humanas. La encubría en una elemental mansedumbre sonriente. Decía con modestia la palabra precisa, estimulante, fruto de su arraigue en la realidad, en el dolor y en la esperanza cotidianos.

Tuvo como el sentido de la caridad cristiana. Amó viril y abnegadamente, como un padre, como un hermano mayor. Como aman los hombres rudos y agrestes, a quienes el sufrimiento y la compasión amaestran y hacen solidarios y enérgicos.

Será imposible no evocarlo sobre esos caminos recién rotos, agrios y polvorientos, llevando adelante la promesa de sus sueños o a la puerta de las tropicales moradas campesinas, o cerca a los panales de abejas de la casa cural de Canaguaro.

Aún después de la penosa operación quirúrgica del 1971, como resucitado temporalmente de esa ya su muerte, sembrada en él para esta hora, era admirable hallarlo empeñado en sobrevivir, en entregarse, abierto a todos, plácido y optimista, superando sus propias dolencias, en bien de su prójimo.

Y Zuluaga era genial. En su manera de concebir la vida; de imaginar la fidelidad al Evangelio y a la Vocación. Se sentía libre en las manos de Dios, y seguro para la audacia de sus posiciones, que animaba el aire del Espíritu.

A las veces dejaba trasparentar una estampa casi de contemplativo, y nunca dejó de mostrarse un misionero, hecho para el sacrificio, para imaginar y atreverse. Entonces sudoroso y jadeante, preparaba con un breve descanso su próxima jornada itinerante.

Pero hay aspectos tan íntimos y sublimes entre nuestras memoranzas más recientes.

Octavio fue un alma de oración.

Oyó, ciertamente, dentro de él mismo, la Palabra alucinante de Dios, y fue seducido por ella.

Al Señor Zuluaga de Canaguaro no se le podía ver sin admirarlo, ni escuchar sin respetarlo: iba madurando en su personalidad el auténtico misionero de Don Bosco. “Tengo cariño al Ariari y a sus gentes...” escribió en uno de los momentos más angustiosos de su vida, y fue bien correspondido por estos buenos pobladores, “mendigos —como diría él de sí mismo— de realizaciones, de recursos económicos y de afecto”.

Lo lloraron los niños y los ancianos, sintieron su ausencia los jóvenes y los adultos, a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora de la Prefectura nos pareció que moríamos con él, pero comprendimos que había sido llamado al cielo a interceder por sus hermanos en religión y por sus pobres. Los campesinos decían, con voz entrecortada por la emoción: “Es mucha la falta que nos va a hacer”, y no podrían expresar mejor lo que significaron la vida y la muerte del Señor Zuluaga en el Ariari, en donde se hizo indispensable como religioso ejemplar, varón de profunda espiritualidad salesiana, eucarística, mariana, litúrgica, eclesial y misionera, amigo sincero, apóstol de los desvalidos, elemento basilar de la realización misionera de Canaguaro.

La semblanza espiritual del Señor Zuluaga la trazó el Reverendísimo Padre Fernando Peraza Leal, Inspector de Bogotá:

OCTAVIO ZULUAGA. Salesiano Coadjutor.

Siempre ante el misterio de la muerte se sobrecoge el espíritu, y se suceden hondos y, a las veces encontrados sentimientos, en él. Cerca al lecho de agonías de este hermano nuestro, pasamos momentos de oración, de respetuoso silencio, de expectativa, de un afecto cordial y dolorido que no olvidaremos más. Y, a medida que se iba internando hacia Dios, en este encuentro definitivo, pudimos ciertamente, experimentar, que se marchaba del lado nuestro, de la dura brega que él siempre luchó agresivamente, con rebelde voluntad y constancia; y nuestro corazón fue presa de sobresaltos y nostalgias sinceras, porque él era un miembro vivo de nuestra familia provincial, apreciado por todos, ejemplo de las virtudes que nos caracterizan como salesianos; y su puesto, en la Casa, al ir quedando vacío, nos interroga, ahora a todos, con la voz de una despedida irreparable!

Yo pude estar cercano a Octavio Zuluaga en este último sexenio. Cuando su trayectoria religiosa y apostólica llegaba a una impresionante madurez espiritual.

Descanse en la paz indeficiente del Señor Resucitado!

Reciba el ósculo de esa paz que no le será arrebatada nunca, el amigo y el hermano incomparable!

Así sea.

Bogotá, marzo 2 de 1974

María Auxiliadora, a quien tanto amó el Señor Zuluaga, nos obtenga para la Congregación y para la Prefectura apóstoles como él, que vayan sembrando esperanza en los surcos del dolor.

Se encomienda a vuestras oraciones vuestro afectísimo hermano en Don Bosco:

HECTOR JARAMILLO DUQUE, SDB
Prefecto Apostólico del Ariari

Datos para el necrologio:

Coadj. OCTAVIO ZULUAGA:

Nació en El Santuario (Antioquia) el 7 de abril de 1916. Profesó en la Congregación Salesiana el 18 de enero de 1937, en Mosquera (Cundinamarca). El 18 de enero de 1940 emitió los votos perpetuos. Murió en Bogotá el 2 de marzo de 1974.